

PERICOPE: 8: § :-

El dicho año de 1711 (en la fiesta de la Aparición de la maravillosa imagen de Guadalupe de México, antes, al bendito indio Juan Diego de la doctrina de Tacuba, que administraban -como hasta hoy- los religiosos de - Nuestro Padre San Francisco, y después divinamente preparada, dibujada y retocada de flores -maravillas todas, en 12 de diciembre- en la tilma de dicho indio, al descogerla -como hasta hoy se venera- en su presencia, al -- singular y primer varón de venerable memoria, don fray Juan de Zumárraga, del dicho orden de San Francisco, Obispo entonces, el primero mexicano, gloria - de la religión, por más que el silencio o el cuidado la oculten en las narrativas o ponderaciones, o por celos o por celajes) el Br. Juan Antonio Pérez de Espinosa, Prefecto de la Congregación de los señores clérigos de Querétaro, en su templo de Guadalupe -de parecer de sus conciliarios- convidó para la Misa y sermón al Reverendo Guardián y religiosos del Convento de Nuestro Padre San Francisco parroquial; unos y otros se desempeñaron muy bien. - Del Cura no se hizo caso en nada; con que se vino a los ojos haber sido el - motivo dar a entender los unos y los otros, que el dicho Cura solo, era -y había sido- la ocasión de tantos ruidos, puesto que los demás se mostraban en público tan unidos y tan hermanos. Así los ayude Dios, como fué su intención, y dicen verdad.

Yo he discurriáo que no fué sino repetir, al cabo de 32 años, ese día, ^{3 esp} (dándole su altar y púlpito a los dichos religiosos del Convento ^Mximo de -- San Francisco, como les dieron el primer día de la dedicación de su templo, el año de 1680) ^{3 esp} aquel glorioso ademán, que tanto ^{pondera} en sus "Glorias de Querétaro", aquel insigne varón (de las facultades todas literísticas, epistemóni-

3 esp.

Europa; los mayos y los abriles con el Paraíso en bostezos de ámbar vegeta-
ble y los respirantes aljófares de vestunno, sobre embeleso de la cimetría
envidiás de Pancaya.

Desaparecidas todas las noches con el hospedaje plútónico, Cala-
bria, Sicilia y Nápoles con todas sus Etnas y Vesubios fulgurantes, que con
vidaron simpáticos a Toluca, Orizaba y Tlamanalco, los americanos volcanes,
disparándose las centelleantes oficinas del abrasado Esterope, entronantes ^{ok delo} (?)
bombas y triquitraques a estrellas de azufre y salitre, rotátiles zarandajas ^{ok}
o despertando ante Lucano, ese del manto azul celeste, Pharolico, flamante
broche, con desabrocharse la luz o en trecientos soles a la paz, o en varios
ternos de dulcáfnas auroras, alvas y salvas de monteretes, asomado el pira
de garzotas ardientes en la estación o esfera planética de sus etéreos bañ
cones, despabilándose a sí mismo por caminar gigante a divertirse en las tar
des, ya en la destrucción de Troya, por las entrañas del Paladión, que parió
a Bello y Nino, habiendo antes concebido de Marte belicoso, que se represen-
to con elegante entusiasmo y suavidad hyblea, la de su autor el Br. Juan de
Guevara, hijo primogénito del dios Intonso (de padre, para mí, no conocido).
Así lo dice todo a la letra el dicho Góngora, folio 57 de sus Glorias. Ya
en el certamen poético que retrató en las acciones mitológicas de Diana, --
las distantísimas ex-diámetro de la mejor Reina del Cielo; pero él dice: --
que con engaze yacolutia doxta, (yo no lo admito ni aún por farza o entre-
tenimiento que me huele a ideas y atrevimientos del maldito Erasmo.)

Ya por mirarse Peripatético en aquel flamante piropo, un refulgen-
tè celoterrestre carro, que tirando los hijos de Zephiso, hizo salir de sus
casillas hasta los adocenados o duodenos estoicos signos del zodiaco, y por
cascabeles los astros, que por menudencia y celeste travesura de muchas, lla
man las Cabrillas; lo pasearon, sin duda, casi por toda la eclíptica de su
apolíneo giro, debiéndole en ella, todo, a su zenit, los bochornos y equipa-
#

3104

rados brillos, como a las plumas que los ostentaron sofisticos pegasos, el aire de sus borneos, o a estos ellas los panegiris o encomiásticos epinios de sus donairosos visos, cuyo tendido, digo del carro, o foilón etéreo, con elevaciones del mismo firmamento, Zaphirino era, para las ruedas, Argos terminative, sino subjective como las de Ezequiélico o apocalíptico, con la dupla del ancho y subsesquialtera de la eminencia cargaba Atlante en desahogado distrito sobre ondas de velillo a la perspectiva, el barquetón de suelos del ensambaje con tarjetas de poéticos jeroglíficos, roleos heterogéneos y no homogéneos caulicos, multimodos, bandas de tafetanes por la proa, ya sanguinolentos, nacarados o purpúreos; por degranada, ya de polímitos colores y visos o aguas ambidextras, por ser Bengala su cuna, y por la popa elegantísimos arbotantes, en que sobresaliente una caracólica dozada coclea, concha iba a decir; pero vaya, se sustentaba sobre dos dichas pérsicas, errante primavera en que se trasladaron los alcázares de Ponomá, o se acomodaron para exhalar y exaltarse aromáticos de Babilonia los pensiles, no ya engreídos, por sólo dedicados a la mortal Semíramis.

O ya en el término del certamen en que se hizo la juiciosa crisis de los poemas con la rectitud de Radamanto, en un teatro encubertado de turquesquas alfombras, salpicados tapetes, donde se engastaba el hermoso turquí de esas esferas, hermoeseado con una regaladísima idea o idéntica monea El Parnaso, sin echarse menos las delicias de Castalia, circunstacionados en el alado, aligero conductor de Belerofonte, y con la maravilla se coronó del Achates de Phyno, que en una monosílaba preciosidad lo juntó y conglomeró todo, con las nueve ninfásticas musas danzando al rasgo en su cítara el Apolo délfico, y al escaparate cupioso de dorados premios, que había, siguió, sin envidia, a la más juiciosa, el alarde de la más pompática prosopeya, dedicado al fin todo a tanto, digo los gloriosos métricos panegíri-

cos que Apolo sabe dictar en cultos episodios o como tanto numen en tan latinipallos empeños.

Canción 1. Embarazo del aire,

De Querétaro nobles suspensiones,

Sin mendigayle a Europa perfecciones,

Ni recelas del tiempo algún desaire,

Yace un galante templo,

Donde airosa contemplo,

La perfección en término suscinto,

Del volado architrave al bajo punto, etc.

O ya en el militar alarde que conducía el carro delantero, si pigmeos a vista de tanto gigante o cíclope de admiraciones, portátil obelisco compuesto en la vanguardia de una máscara de chichimecos desnudos que embijados a su nativa moda serril y montaraz, bárbara injuria, eran a los que se fingen sátiros, o los que bestiglos, o los que se maquinan o, al fin, indisciplinados rústicos hipocentauros que en y estruendos pudieron servir de cocos, no sólo a los muchachos viéndolos esgremir las macanas y de los carcajes medir súbitos como dextérrimos a los arcos, si por un lado el de la cuerda, tirantes por el convexo del junco, las plumíferasy seriplumeas flechas, y por la retaguardia innumerables tropas a de los naturales políticos, como disciplinados a los militar, en como espño las marchas e igualdad de filas, celebrando en marciales estruendos y belicosos tiros, de Querétaro a los señores clérigos, en reconocimiento). Dice el que ha dicho lo dicho, el dicho. Góngora). De haber sido los primeros que de las tinieblas de la gentilidad o gentilismo los trasladaron a las luces del cristianismo o de la cristiandad, mediante la semilla del Evangelio.

Qué bien. Fundada esta, a fojas 51 y 52, diciendo en una digresión



curiosa (más valía que fuese verdadera): que, huyendo los otomíes de los es
pañoles y sus hostilidades en México, se refugiaron en Querétaro acogidos a
las grutas de sus cañadas, a la sombra de sus mezquites, tunales, órganos y
garambullos, y defendidos de las asperezas, gangrenos y magueyes o pitayos
en su cimatorio; pero que entonces no se fundó el pueblo, porque ya estaba
fundado, y aun como dice, a fojas primeras, antes del año de 1446, en que Moc
tezuma Ilhuicamina, el primero, había hecho frontera con ellos de su impe
rio contra los chichimecas y michoacanes, guarneciéndola de sus militares a-
colhuas, y en la razón de esta retirada allí de los otomíes, dice que ya e-
ra encomienda su país de Juan Pérez de Bocanegra, (que no pudo ser, sin ha-
berlos ya conquistado las armas españolas, o por sí o por aquéllos dos insig
nes caciques valerosos, dos capitanes de gloriosa memoria, padre e hijo, don
Fernando y don Diego de Tapia, que lo conquistaron y dieron a Su Majestad, -
quien lo hizo encomienda y lo entregó al dicho Bocanegra, sin duda indios,
dos a quienes bautizaron y acompañaron dirigiéndolos en todo los religiosos
primeros, y únicos entonces, de Nuestro Padre San Francisco.)

Dice, no obstante, Góngora, fol. 52, : que vinieron a Querétaro -
los dichos otomíes (luego otros lo poblaban antes y habían poblado, de quie
nes el dicho ya cristianos y sujetos era encomendero) capitaneados de un -
Conín, indio mercader hábil y astuto y que como Querétaro caía en el distri
to de la encomienda de Juan Pérez de Bocanegra, el cual, teniendo pláticas
con Conín le hizo recibir la Fe y bautizar, y por su medio, a todo el pue-
blo, aunque amenazado, por ello, de los chichimecas, de los cuales, median-
te la industria de Conín, que era hombre sabio y de agudo entendimiento, y
de la predicación de Juan Sánchez Alanís, y buen tratamiento de Juan Pérez
Bocanegra, también se convirtieron muchos. Palabras (dice) formales de An-
tonio de Herrera, cronista general de las indias occidentales. Década 3, -

lib. 5, Cap. 19. Y prosigue: Era Juan Sánchez Alanísun clérigo de quien - había dicho este autor, el que siendo dificultosa en extremo la lengua otomí la aprendió maravillosamente, como también la de sus vecinos los chichimecas, haciendo, por este medio, admirable fruto en su conversión, Y si él fué el que bautizó al mercader Conín y a todo el pueblo, poco tendrían en que trabajar los que en la administración se siguieron.

Démosle gracias a Dios por tanto, y vámonos poco a poco notando lo primero: Que hicieron esto los indios en reconocimiento de que fueron los clérigos los primeros que los sacaron del gentilismo al Evangelio, y que esta antigua deuda la pagaron en esta ocasión, y demostración generosa de su cariño. Buena lógica de Góngora! El Clérigo Juan Sánchez les predicó y acaso bautizó a muchos, luego les predicó y los bautizó a todos! El, sólo, único, clérigo el primero; luego los clérigos fueron los primeros. El clérigo hizo éso, luego los demás después poco trabajo tendrían en proseguirlo. Si les convence a los clérigos el medio, buena ocasión hay en Tampico, Río Verde, Nuevo México, Reino de León y Coahuila, donde han convertido los religiosos y bautizado muchos pueblos y podían seguirlos en éso, - con muy poco trabajo, porque no van a ser segundos, o uno, siquiera, sólo, con el valor y predicación que lo emprendieron en Querétaro en su epítome - Alanís, tan los primeros.

Lo segundo, que habiendo el licenciado Alanís, dato, como se dice, con su predicación el principio por qué no se mantuvo en la gloria de proseguirlo y mantenerlo? que es lo más, según aquéllo del Crisóstomo: non enim minus est continere mandum quam fecire: sed si aportet aliquid qd. admiseris, dícese: adhuic amplius est. , con que, en no proseguirlo, dejo a los que le siguieron que no han proseguido, ni han sido clérigos, lo mejor y cuando de más empeño másglorioso ad huc amplius est. Sería, por falta de clérigos,

sin duda, y ahora de sobra porque no predicaban como Alanís donde se trabaja, y no habiéndolo continuado más bien que Góngora, dice el Crisóstomo, los que le siguieron tuvieron el mayor trabajo.

Lo tercero: Que esto se entiende, si él fué el que bautizó no sólo al mercader Conín sino a todo el pueblo, condicional que nunca purificará el mismo Góngora, pues lo duda él mismo; porque no se lo dijo Herrera, ni halló, que lo diga, sino que lo puso de su capricho para su asentación y lisonja, conque, si no fué él el que los bautizó, como no fué el que los bautizó él, que lo dijera el dicho cronista y no lo dice, sino la predicación del clérigo y que aprendió la lengua, con que hizo admisible fruto. Este tal cual se le debió igualmente a la industria de Conín y al buen trato del encomendero, a quienes los indios de Querétaro están igualmente obligados, no sólo a los clérigos; con que ya por aquí hubo tres primeros, Conines, encomenderos y Alanises, de éste, han quedado aún parientes, y podían amular a los clérigos esta gloria; con los encomenderos y naturales de la misma tierra.

Lo cuarto: cuando con Conín vinieron a Querétaro los otomíes, antes del año de 1446, poblado y en él guarnecido por Moctezuma de sus militares acolhuas, ni Herrera ni Góngora dicen que a sus antiguos pobladores y dichos militares bautizó, y menos predicó el dicho clérigo Alanís, ni que aprendió su lengua, ni que hizo con ellos tanto fruto y maravilla estando allí -- con Bocanegra; quizás porque faltaba la industria de Conín bizarro y de agudo entendimiento, que después le sugirió o sopló el sermón maravillosamente, porque el clérigo Alanís vino de Castilla, lego casado, de capa y espada y viudo en esta provincia en que dejó noble descendencia (dicen) los Alanices Ricos y Rojas; se ordenó en él apenas cumplidos los 30 años, y más que, como dijimos, con Torquemada no se permitía pasar de España clérigo secular a las Indias, desde el año de 1524, en que vinieron los doce primeros fran--